chosas prohibiciones han despertado más mis deseos...

Sí; no soy una niña que debe ignorar ciertas cosas; ya estoy curada de espanto...

Y sacando de entre la ropa del armario un libro, lo puso ante los ojos asustados de Pascual; el libro tenía sobre la cubierta este título: «*Emilio*», novela de J. J. Rousseau, traducida al castellano, etc.

El esposo quiso acercarse á Luisa y abrazarla, pero ésta le rechazó indignada.

—¿Dudar de mí? ¡Mortificarme con prohibiciones estúpidas y celos infundados!

—Perdóname...

—¿Perdonarte? No debiera hacerlo; pero te amo tanto...

La paz matrimonial quedó restablecida con un abrazo.

—¡Qué susto he pasado—dijo luego el marido—; pero ya le diré yo á Ruiz que vigile á su mujer para que no venga por una nimiedad estúpida á comprometer la paz del matrimonio más feliz del mundo!

Antonio Lozano.

Muchas gracias á *Quiquiriquí* por los couplés que dedica á LA HOJA DE PARRA.

Para el simpático periodiquito, para *¡Ahí va!...*, para *¡Oiga usted!...* y para cuantos nos han seguido en estilo y en baratura, tiene LA HOJA DE PARRA una inacabable simpatía, y para todos desea las mismas venturas que para sí. ¡Ni una menos!

¡LOLA MIA!

Querido amigo Septién:
He recibido el retrato
de tu boda. Estás muy bien.
Es un retrato muy grato.
Lola, tu esposa, es hermosa;
veo que has tenido gusto.
Tiene tu esposa una cosa
monumental, y es el busto.
Se ve tu satisfacción
contemplando á tu mujer,
y que la quieres hacer
enloquecer de pasión.
No dudo que sí lo harás
dándole abrazos y besos,
sin llegar á los excesos
que llegaste en los demás.
Y así seréis tan felices,
en paz y en gracia de Dios.
¡Con lo que tenéis los dos
bien podéis echar raíces.
No me canso de admirar
el retrato de tu boda;
si me pudiera inspirar,
os dedicara una oda.
Lola está siempre riendo,
según la fotografía,
y tú estás como diciendo:
«¡Lola mía! ¡Lola mía!»

J. Fernández.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL
Marqués de Cubas, 7.—Madrid



PRECIO DE LA CA A:
Dos pesetas

De venta en todas las buenas farmacias de España.

Si los Previsores del Porvenir tienen 117.300 socios obligados á pagar cuota mensual, ¿cuántos tendrá *Hispan Trust* cuando sepan que pueden librarse del pago de dicha cuota y de la contribución sobre alquileres, teniendo, además, derecho á otras combinaciones beneficiosas sin que le cuesten un céntimo?...

PRINCIPE, 14
De 10 á 12 y de 4 á 6

LA HOJA DE PARRA — REVISTA FESTIVA — APARECE LOS SÁBADOS
Oficinas: MÉNDEZ ALVARO, 2, PRIMERO
Apartado de Correos número 547 MADRID

AÑO I. Madrid, 2 de Diciembre de 1911. NÚM. 31



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.
A. HERNÁNDEZ CATÁ
Un drama.
ANTONIO PALOMERO
El pecado eterno.
ANTONIO DE HOYOS Y VINENT
Nocturno sentimental.
RAFAEL LÓPEZ DE HARO
Poseída.
EL ADULTERIO
Opiniones de A. Saint-Aubin, Colombine, Joaquín Dicenta, Rodrigo Soriano y Gonzalo Cantó.
FÉLIX RECIO
Actualidad galante.
TOMÁS BORRÁS
El gusto de las mujeres.
EL CONFESONARIO
Artículo de ROSA TORREGROSA.
RODRIGO PITTER
La pequeña diferencia.
MINGO REVULGO
La casa del amor.
PEPE ONTIVEROS
Mis aventuras amorosas.
TOVAR, CYRANO, SANCHA
PICK y ALFONSO
Caricaturas y retratos de Tórtola Valencia, Juliana Barco, Rosa Torregrosa, López de Haro y otros.

5 cénts.



TORTOLA VALENCIA

Gentil «danseusse» española, «nuestra», que de regreso de Londres, donde enardeció á «los fríos británicos» debutará esta noche en el teatro Romea.



HA ROTO SU ILUSTRÍSIMA LOS NEXOS QUE UNÍAN EN LA IGLESIA Á LOS DOS SEXOS

¿Pero no sabe usted, doña Escolástica,
lo que ha hecho con nosotros Su Ilustrísima?
—¿Con quién?
—Con las mujeres filarmónicas.
Prohibirnos tomar parte en juergas místicas
al lado de los hombres, lo mismísimo
que si fuéramos tiples sicalípticas.
—¿Pero el señor obispo es tan retrógado
para dar esa orden, doña Brígida?
—No; pero se ha inspirado en un «adlátere».
—¿Y eso, qué es?
—Una persona íntima
del prelado.
—¿De modo que la música
se nos prohibe y se nos hace víctimas
del sexo fuerte, porque somos débiles?
Yo no paso á creerlo, doña Brígida.
—Pues lea lo que dicen los periódicos,
y se convencerá.
—¡Virgen Santísima!
¿De forma que las fiestas eclesiásticas
son sólo para hombres? ¿Ya las místicas
no podemos sentirnos filarmónicas?
—Sí; pero no hay asociaciones «híbridas»
para cantar en las iglesias.
—¡Cáscaras!
Me deja usted confusa, doña Brígida.
—Nada; tendremos que irnos á otra diócesis
á cultivar nuestra afición artística,
pues no pueden los hombres ya ni el órgano
tocarnos al cantar; que Su Ilustrísima
no quiere que los machos eucarísticos
toquen nada á las hembras eucarísticas.
—¿Es que nos juzga por mujeres frágiles
á todas el obispo, doña Brígida?...
—Yo ignoro su opinión, doña Escolástica.
Sólo sé que nos hace la santísima,
pues la separación de sexos pónennos
en una situación bastante crítica.
—Sí. Lo del pan con pan es una fórmula,
como reza el proverbio, muy ridícula.
—La comida de tontos de la máxima
vulgar, debe de ser un poco insípida.
¿Nos va á tocar una mujer el órgano
cuando cantemos en las juergas místicas?
¿No le parece á usted, doña Escolástica,
que eso será una cosa aburridísima
y aun, si me apura usted, algo «caótica»?
—¡Digo! ¡Qué duda cabe, doña Brígida!
¿No equivale á cerrar de un modo hermético
la casa del Señor para las místicas,
el hacer que las hembras filarmónicas
se encuentren en el coro tan «solípedas»,
que no haya un tío que les toque el órgano
porque así se le antoje á Su Ilustrísima.
Nada; tendremos que irnos á otra diócesis
á cultivar nuestra afición artística.
¿De qué me sirve á mí tocar el pífano,
y el corno inglés y el óboe, doña Brígida?
—De lo que á mí el flautín, doña Escolástica.
—Total: que nos han hecho la santísima.
Pues como no nos toquen más el órgano
los hombres, ¡yo no voy á juergas místicas,
aunque me lleven los demonios!
—¡Chóquela,
doña Escolástica!
—¡*Ele*, doña Brígida!

Por la copia,

Carlos Miranda.

UN DRAMA

Se había ocultado el sol. En el puerto, las canciones de los pescadores tremolaban lentas, desfalleciendo hasta morir á lo largo del mar, en la quietud misteriosa y trágica. El crepúsculo descendía de los montes, poniendo en las aguas un color cenizoso. Una neblina sutil era corona en las altas cúspides y velo en la lejanía azul. Hacia el pueblo brillaban algunas luces indecisas.

Un hombre se destacó en el muelle, gritando:

—¡Un botero!

Y no recibiendo respuesta, tornó á gritar:

—¡Una lancha por una hora!

El bote se acercó lentamente, guiado por un hombre fornido, quien, cuando llegó á tierra, llamó á un rapaz para servirse de su ayuda. Los paseantes querían merendar fuera del puerto, pasada la barra. No le consintieron al muchacho llevar hasta la embarcación el cesto de las provisiones.

—¡Abre!

El chico se apoyó en el malecón hasta desatracar la barca; luego, sentándose, empezó á bogar.

—¡Cía!

Viraron poniendo la proa en la dirección del canal. El patrón, acompasando la maniobra con movimiento de su intensa cabeza, aún ordenó al chico:

—¡Avante!

Y los remos, aleteando unánimes, imprimieron al bote una marcha suave y rápida.

En el pueblo, donde la falta de comodidades no permitía colonia veraniega, todos conocían á *los señoritos*. Estaban allí hacía dos meses, y nadie sabía su residencia habitual. Componía la familia un matrimonio con una hija enferma, á quien jamás se había visto. Sus padres la cuidaban celosamente. Vivían acariciados de comodidades, pero con una sola criada, tomada al servicio en uno de los pueblos del tránsito.

Dijo el botero:

—¿Cómo está la salud de la señorita?

—Mejor; gracias.

La mujer preguntó, afectando inocente curiosidad:

—Pasada la barra, ¿hay mucho fondo?

—Mucho, señorita.

Y callaron. Los estrobos chirriaban monorrítmicamente. Sentados en las baucadas de popa, los señoritos hablaban en voz baja:

—Es preciso. Es el único medio de salvar la honra. El que huyó antes no vendrá á preguntar nada...

El hombre, abatida sobre el pecho la cabeza, meditaba. Ella insinuó:

—¿Consentirás sufrir tamaña vergüenza?

—Tienes razón.

—Lo principal está consumado. Nada debemos temer. Con serenidad... ¿Calculaste bien el peso?

De afuera llegaba viento frío. El agua se rizaba con ondulaciones más violentas. Las olas se perseguían hasta chocar contra los peñascos, donde se alzaban sonoras, vestidas de espumas.

El bote continuó, rápido, avanzando. Un faro destelló súbitamente, alumbrando hasta gran distancia. Interrogó el chiquillo:

—¿Más allá, señoritos?

—Sí, un poco más.

Marcharon breve rato; la mujer dijo en tono quedo al oído de su esposo:

—Ahora—y en voz alta, ligeramente enronquecida—: Aquí ya podemos merendar; abre la cesta.

Su mirada fulgía trágica en la sombra. En un silencio henchido de presagios fúnebres, percibióse el jadear del viejo y del muchacho inclinados sobre los remos. El señor levantó el canasto, apoyóle en la borda y fingiendo un traspiés, lo dejó caer al mar, don-

NUESTRAS COCOTAS



JULIANA BARCO

de se hundió con un sonido en el que dominaba la ele.

—¿Qué ha sucedido?

—La cesta.

—¿Se ha caído la cesta?—interrogó el botero.—¡Cía, chico!

recían en el agua haber perdido su resistencia y culebreaban flácidos, cual si fueran á ceder al peso.

Desembarcaron. El caballero regateó el precio exigido por el patrón.

—Es muy caro; ha sido una tarde desgraciada.

Llegaron á la quinta. Era domingo y la criada no había vuelto aún.

Abrieron el cuarto de la enferma, cerrado con llave.

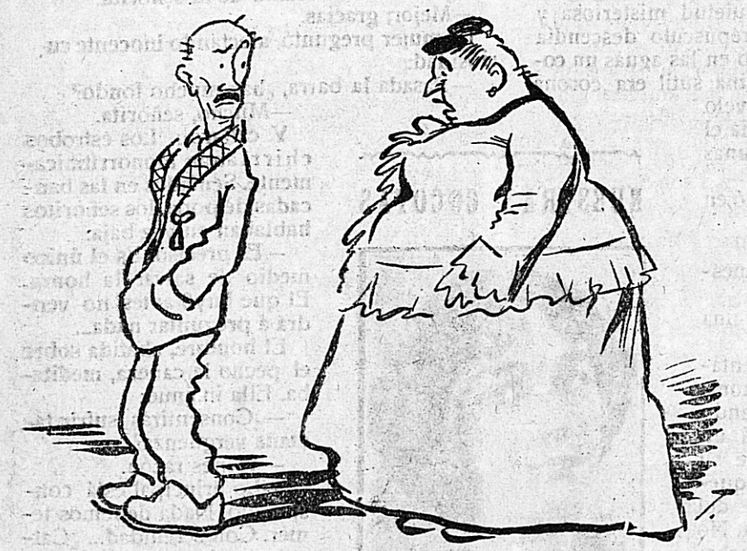
Sobre la albura del lecho mostraba la paciente su lividez.

Interrogó con una mirada á sus padres.

Ellos nada dijeron.

En la almohada una tenue huella acusaba un sitio vacío...

A. Hernández Catá.



Ella.—Y decías que me ibas á amar toda la vida.

El.—Sí; ¡pero no conté conque ibas á vivir tanto tiempo!

—Tal vez se haya sumergido. ¡Tenía tanto peso!

—Sería muy difícil encontrarla.

—Se está picando la mar.

—¿Es aquí donde hay tanto fondo?

—¿Aquí? Lo menos veinte brazas.

—¿Y no es mucho?

—Mucho; sí, señora.

—Será mejor volvernos á tierra. ¡Buena tarde!

—Cuando usted quiera, caballero.

Aún la mujer volvió á mirar atrás. El regreso fué difícil, el viento batía la proa, debilitando el esfuerzo de los remeros. Durante el trayecto no hablaron nada, y cual si temiesen mirarse, distrajeron la vista en la fosforescencia que los remos arrancaban al mar. En la monotonía negra de las casas, reflejándose invertidas, denotaba el cabrilleo áureo de algunas luces. El muelle avanzaba su mole férrea, sostenida por erectos pilares; éstos pa-

EL PECADO ETERNO

No, no culpéis á la mujer primera
porque sació con ansia su apetito,
ni al padre Adán, que del manjar bendito
gustó con su agradable compañera...

La culpa es del manjar que entonces era
más incitante por estar maldito...
¡Si el gozar del amor es un delito
yo también, siendo Adán, le cometiera!

Es eterna la sed de los placeres,
no se apaga el volcán de las pasiones,
y ayer lo mismo que hoy, y hoy que mañana,

son Evas tentadoras las mujeres
y son ciegos Adanes los varones...
¡Siempre corriendo en pos de la manzana!

Antonio Palomero.

NOCTURNO SENTIMENTAL

La virtud es como los cuervos; sólo anida en las ruinas.
ANATOLE FRANCE.

EL automóvil trepidó primero un instante frente á la puerta que giraba lentamente; arrancó luego con rudo bote, y trazando rápido una curva inverosímil dentro del portal, quedó parado al pie de la monumental escalera de mármol blanco.

Un lacayo atlético, embutido en larga librea verde aceituna, vino, sombrero en mano, á abrir la portezuela y entre confuso remolino de sedas, plumas y encajes, apareció, aureolada por los fulgores de heráldica diadema de brillantes, la carita ajada de Flavia Villalar. Saltó ligera y penetró en el atrio pompeyano, donde una figura humilde, servil, con untoso aspecto de mosca almibarada, la detuvo.

—Señora.

—¡Ah! Es usted, Dolores... ¿Y el niño?

—¡Pobrecito mío!—Y en la voz plañidera de la mercenaria, había maternal ternura—. Está pasando muy mala noche... ¡Tan inquieto!... No hace más que preguntar por la señora.

—¡Bueno!... ¿Y qué ha dicho el médico?

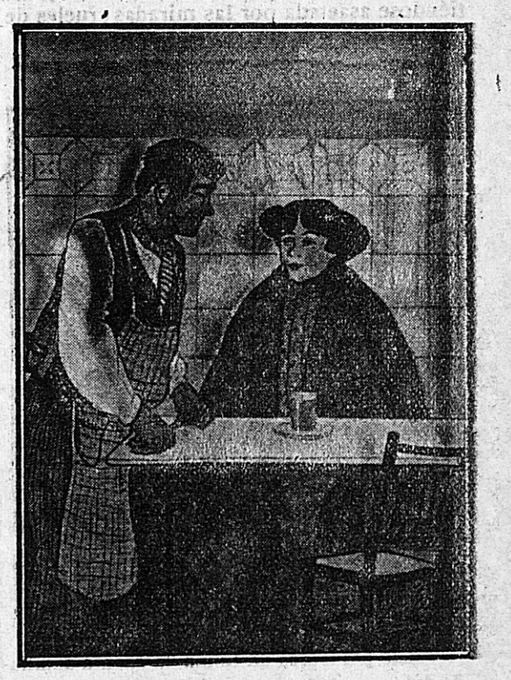
La vieja (porque era la interrogada uno de esos viejos servidores que viven apegados á las grandes casas, como la hiedra á los troncos seculares) empezó, entre grandes muestras de pena, larga y prolija explicación. Pero Flavia no la escuchaba; prisionera su alma de su propio dolor, su pensamiento, como ave viajera, volaba lejos de allí, á otras tierras de pasión, donde vivían sus anhelos y sus tristezas, y apenas si aquellas palabras que le hablaban de la vida de su hijo sonaban en sus oídos como repicar de lluvia en los cristales. La anciana servidora insistía en obligarla á verle, y Flavia, impaciente ya, atajóla:

—No, no; sería peor, le pondría más nervioso.

Y rápida, subió las escaleras, cruzó dos salones, sumidos en tinieblas, y entró en su cuarto, nido de amor—sinfonía en blanco, rosa y plata—. Allí Silvia, la doncellita francesa, hábil y discreta, matemática y silenciosa como un autómata, comenzó á desnudarla. Sentía, sin embargo, Flavia, anhelo de soledad, y así, no bien vióse envuelta en los amarillentos *malinas* de su bata, apresuróse á despedirla. Inclinóse la servidora, y salió pausada y grácil con sus blondos rizos y su delantal de encajes, lanzado de azul, y Flavia, sola al fin, sentóse ante el tocador, y allí, meditativa, ocultó la cabeza entre las manos.

¡Qué triste era la vida..., sobre todo cuando empezaba á declinar y las ilusiones huían en bandadas, como las golondrinas á las proximidades del invierno! ¡Qué sola se encontraba al evaporarse aquella última pasión, á la que se aferraba con la energía que le prestaba la certeza de que sería la postrera!

EN EL CAFETIN



—¿Ha venido eso?

—Sí; pero esta noche, pá ti *me cuaquan!*...

—¿Por qué?...

—Porque me ha pedido un culito y se ha marchao tan sastifecho.

Y lo que más le entristecía, era la seguridad de que *aquello* había acabado para siempre! ¡Para siempre! ¡La frase terrible y, sin embargo, gráfica en aquel caso!

Había leído la inexorabilidad de la sentencia en los ojos cínicamente burlones y en la sonrisa desdeñosa con que, al evocar ella un juramento de eterno amor, pronunciara él, retorciéndose con hastiado ademán el donjuanesco mostacho, la frase cruel:

—¡Bah! Las mujeres sois siempre iguales. ¡Estropeáis todas las novelas, pretendiendo eternizarlas!

Y había tenido que sonreir, mundana, sintiéndose asaetada por las miradas crueles de



todos, que contemplaban gozosos su caída.

Una duda dolorosa le asaltó: ¿Estaría fea; lo que se llama fea? Alzó la cabeza y contempióse largamente en el espejo, estudiando uno á uno los trazos de su rostro: su frente pequeña y pálida, su nariz menuda, ligeramente remangada, sus ojos azules, muy claros, muy ingenuos, sus labios, finos y rojos, estuche de los menudos dientes. Fea, no, marchita, envejecida, sí. Aquella sutil gracia de niña, que constituía su mayor encanto, se ajaba al implacable correr del tiempo; un rictus hondo marcaba su boca roja; algunas arrugas procaces mancillaban la frente, y la pata de gallo, la terrible pata de gallo, se asentaba victoriosa junto á los ojos cándidos de virgen angélica, y pregonaban sus cuarenta y tres años. Al recuerdo de su edad, levantóse nerviosa, impaciente, y dió algunas vueltas por el cuarto. Detúvose, por fin, ante el balcón, y abriéndole, se asomó á él.

La noche era hermosa, noche romántica de luna; frente al palacio de los Villalar, asentado en el viejo Madrid, vetusta iglesia erguía su única torre, destacándose sobre el fondo cobalto del cielo con prestigio escenográfico; algunas mozas de partido, con hórridos atavíos, paseaban la calle, y sus risas desgarradas vibraban procaces en el silencio de la noche legendaria; de vez en cuando alguna partida de chulos trashumantes—maletas, pianistas, vividores y follones—, cruzaban la calle, deteniéndose á charlar con las prójimas, y entonces las risas y los gritos iban en crescendo hasta que asomaba por la esquina la parpadeante luz del farol de un sereno, y á su vista las pájaras huían con chillidos y carcajadas. Flavia contemplaba el quevedesco cuadro y pensaba en sus propias tristezas.

¡Vivir del amor y para el amor!... Aquello que fuera su perpetuo ensueño, á los veinte años podía pasar como divina locura; á los veinticinco, aún como bella debilidad; á los treinta, por heroico fanatismo; pero á los cuarenta y tres, era ridículo. ¡Ridículo! Lo peor que podía ser. Imponíase, pues, preciso un adiós al amor, so pena de sobrevivirse como esos genios envejecidos que se arrastran por la vida en grotesca mascarada, llevando en pos sus marchitos laureles. Era preciso crear nueva vida de paz con su marido y su hijo: vivir y morir rodeada del respeto social.

Miró á la calle; un hombre hablaba con una vendedora de amor, las caras muy juntas y las manos enlazadas, y tras breve charlar, se alejaron juntos calle arriba.

Sintió pena inmensa, tristezas sin límites, y lágrimas corrieron por su rostro de muñeca.

—¡Señora, señora! ¡Por Dios! ¡Que el niño no hace más que llorar, y quiere verla!

Era Dolores que, cruzadas las manos, la miraba implorante.

—Voy—dijo.

Se enjugó las lágrimas, echó una postrer mirada á la calle, silenciosa de nuevo, á la pareja que se alejaba, y triste, vencida, cerró el balcón.

Antonio de Hoyos y Vinent.

—Este periódico de Roma da cuenta detallada del suceso del automóvil. La dama entró embarazada en el coche y salió de él sin estarlo.

—Entonces es el mismo caso que le ocurrió á Pura cuando volcó en el «auto» de Antúnez.

—Aquello fué al contrario.

POSEIDA (1)

¿Quieres?

—Sí, anda.

—Quítate la blusa.

Obedeció Emma. Quedaron desnudos sus brazos, mucho más gruesos de lo que fuera de esperar, y tan bien modelados como los de una náyade; bella la línea que, arrancando del hombro rosáceo, ligeramente ondulada hacia la penumbra de la axila, bajaba hasta la mano, larga y pequeña. Clotilde acarició la carne suave y elástica, hundiendo en ella las yemas de sus dedos.

—¡Tienes unos brazos preciosos!

—¿De veras?

Le dobló, admirándose más, el canesú hasta el más amplio diámetro del busto.

Del hoyuelo, que parecía la huella de un beso, partía el cauce ó camino en dirección á lo inexplorado, entre plenitudes prietas y eminentes.

—¡Pero si eres hermosísima! — exclamó Clotilde, devorando con los ojos tan apetitosa blancura—. ¡Si eres perfecta!

—¡Ea, tonta!—se encogía Emma—. ¡Si no me peinas sin chistar, me visto!

—Lo que veo, chiquita, es que para el paso que vas á dar, estás demasiado tranquila.

—Lo he pensado bien.

—¡Mientras no lo descubran!

—Cuenta conmigo.

—No por mí... pero ¿y si lo ven?

—Si lo ven y me preguntan, les diré la verdad, que es mi novio y que nos queremos.

—Y cae una bomba en la casa.

—No sé por qué. Cuando tú, por hacerme confesar, fingías pretender inclinarlo á tí, no hablabas de eso. Y, sobre todo, ¿á quién le importa? ¿Quién tiene algún derecho sobre mí?

—Eres valiente.

—Soy libre.

—No quiero contrariarte. No quiero amargarte el día. ¿Lo quieres mucho á Carlos?

—No sé, no sé. No había pensado en eso. Me lleva á él, me empuja, sí, eso es, me empuja un deseo de eso, de estar sola, sin testigos ni temores, á su lado.

—Piensa: Carlos se querría acercar mucho á tí. Te abrazaría. Sus manos, con afán, querrían saber de toda tú.

—¡Ay, Clotilde!

—Te diría: «Mi Emma, mi vida, mi mujer, dame la flor purísima de tus gracias, de tu juventud...» Y te iría descubriendo despacito, temiendo asustarte, y á cada dedo de tu piel de azucena que fuese viendo y besando, sería infinitamente mayor su hambre de tí.

—¿Qué dices? ¿Sí?



LÓPEZ DE HARO

—Sí; un hambre de tí, de toda tú, que no se sacia nunca. Sus besos, como este beso mío, querida Emma, serían besos de llama, y sus caricias como ondas flúidas, como ondas de un baño de éter perfumado en que te irías dejando sumergir.

—¡Clotilde! ¿Qué es lo que siento?

—¡Sientes!... Lo sientes como yo te lo sugiero y tu amor lo acoge y tu cuerpo florece. Por eso ahora tus ojos están húmedos y tus labios se irritan sangrientos. Por eso, nena mía, languideces y te abrazas á mí. ¿Lo ves? Tu Carlos, al tenerte así, se arrebataría...

Clotilde restallaba besos en la boca de Emma hasta hacerla daño.

—Y querría tenerte toda suya...

Emma se dejaba llevar al vitando sueño. La corruptora era una viciosa que sabía mucho del gran misterio del amor. El amor era á modo de maravillosa melodía que estuviese en los nervios como en las cuerdas de un arpa, y Clotilde sabía pulsar todas las cuerdas. La nena en sus manos era el arpa.

.....

Rafael López de Haro.

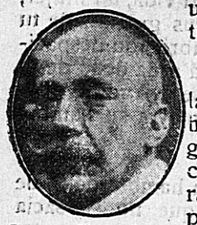
(1) De la novela, digna de toda alabanza, que con este título ha puesto á la venta esta semana López de Haro.

EN CASO DE FLAGRANTE ADULTERIO,

¿CUAL CREE USTED QUE DEBE SER LA ACTITUD DEL MARIDO?

Me dice el joven y ya magnate director de LA HOJA DE PARRA:

«En caso de flagrante adulterio, ¿cuál cree usted que debe ser la actitud del marido?»



Es una preguntita.

¡Ah, si pudiese contestarla arrojando airadamente la hoja de parra que sirve de glorioso título á esta publicación, en la que, bien miradas las cosas, tampoco se prescinde de la consabida y odiosa hojita! Un libro podría escribir para que fuese, según mi deseo, cumplidamente contestada la interrogación con que me favorece el amigo Gómez Hidalgo.

Pero en vista de que los tiempos no están para hacer libros sin grave quebranto pecuniario de los que generalmente los escriben y de que yo no me resigno á lanzar un libro ñoñamente encubierto por la hoja de referencia, contestaré como pueda en pocas líneas, y así digo:

Debe ajustarse la actitud del marido á los antecedentes de la vida matrimonial.

Tomados en cuenta tales antecedentes, puede establecerse una escala gradual que defina con precisión y señale categóricamente la actitud del marido en presencia del desaguisado. Veamos algunos casos:

1.º El marido debe exclamar: «¡Qué merecido me lo tengo!...» Y no pasar de ahí cuando su conciencia despierte y la memoria recuerde que ha dedicado los días y las noches matrimoniales á inferir agravios á su cónyuge.

2.º «¡Por fin!... ¡Gracias á Dios!», debe limitarse á decir el esposo de la clase que anhela pasar como desean los padres que pasen pronto sus hijos, el período de la dentición, del período de la *cornición*.

3.º «¡Ahora lo comprendo todo!», pensará, dejando las manos quietecitas el noble marido que, con seis mil reales de ingresos, no ha podido averiguar hasta el momento del caso flagrante, cómo se las compone su elegante costilla para gastar seis mil pesetas sólo en sombreros.

4.º «¡Qué inoportuno soy!... ¡Ustedes dispensen!», dirá el socio casado, que tiene la obligación de retirarse discretamente, murmurando: «¡Si me descuido otra vez... perderé el pesebre!»

5.º Y con éste, para no citar otros muchos, como bien pudiera hacerlo, terminaré. Por cierto que el caso es serio.

El marido que hizo duros sacrificios para conquistar y mantener á su mujer; el que hizo un profundo depósito de cariño y amor en hijos que, por el caso flagrante de adulterio, puede sospechar que no son suyos; que ha sido víctima de la más dolorosa estafa; que ve derrumbarse en un segundo el edificio de sus ilusiones, la finalidad de vida, el sueño del porvenir; que recibe, en fin, una tremenda puñalada en el corazón y en el alma... ¡francamente, no sé qué decir!

Desde luego afirmo que parece justificada la formidable serie de sonoros bofetones y hasta la de agudísimos puntapiés, y justificado está, á mi juicio, el aprovechamiento de todas las ventajas que las leyes conceden al cónyuge agraviado para el divorcio, añadiendo las de llevarse los chicos, las monedas, las ropas, el ajuar, sin dejar ni aun el fregadero; todo, en fin, menos rendirse al brutal «¡Mátala!» de Dumas, ni á imitaciones de conducta trazada por ridículos personajes calderonianos.

Creo que el respeto de la vida no ha de olvidarse nunca, ni aun en tales momentos, por *muy flagrantes* que ellos sean, y providencial parece que me haya detenido al enumerar los casos en el 5.º, que precisamente, si no es infiel mi memoria, manda no matar.

A. SAINT-AUBIN.

•

Yo creo que, mientras no exista el divorcio, no debe castigarse el adulterio.

Así, cuando un marido se convence de que no es amado, debe dejar libre á su mujer y no empeñarse en imponerle la fidelidad por la fuerza.



Lo que deploro es que, como conveniencia lógica, el *matrimonio indisoluble*, con el cortejo de preocupaciones y costumbres que lleva consigo, legalice el adulterio y el homicidio.

Nuestras leyes parecen un consentimiento tácito del crimen, al que la opinión incita y empuja. Es preciso conquistar la libertad de manifestar libremente nuestros afectos.

COLOMBINE.



Dar las gracias al amante
porque le libra de su mujer,
y á su mujer porque le da
motivo para librarse de ella.

JOAQUÍN DICENTA.

•



La de Canalejas con *España Nueva*.

RODRIGO SORIANO.

•

El marido, á mi entender,
si es que vela por su honor,
si perdona á la mujer



culpable, no debe hacer
armas contra el seductor.
Con matar á él, ¿qué gana?
Si ella de suyo es liviana
y se obstina en... promiscuar...
la tendrá que perdonar
una vez á la semana.
El matar á un semejante
es contra la ley de Dios;
si los cogen en flagrante,
la culpa no es del amante...
solo, sino de los dos.

GONZALO CANTÓ.

•

En el próximo número, respuestas de Julio Burell, Luis Morote, Linares Rivas, Répide, Pérez Zúñiga, Zamacois, P. Ferrándiz, Alberto Insúa, Miguel de Palacios, Salvador Rueda, López de Haro y otros.

LA LAPIDA DE ESPRONCEDA

De acuerdo varios ilustres escritores y artistas, con distinguidos elementos del extinguido Centro Extremeño, están realizando, con fortuna, algunas gestiones para colocar en la casa de la calle de los Madrazo, en que murió Espronceda, una láplda «igual enteramente» á la que un viejo prócer obligó á quitar, en mala hora, á un gobernador débil.

ACTUALIDAD GALANTE

CUANDO Rosaura, la gentil y delicada hetaira callejera, notó el jueves de la semana última que la seguía un apuesto y decidido caballero, intrincóse apresuradamente en el laberinto de calles y callejones característicos de los barrios donde, más que vivir, se agita ese monstruo de cien pies y cien cabezas denominado vicio.

Con esa viveza propia de las modernas Gratenes á quienes las necesidades que la caza de amantes ocasionales obliga á aguzar el ingenio, prestamente comprendió que, el galán aquella noche sugestionado, no era uno de tantos tenorios ciudadanos, sino un auténtico y legítimo amador provinciano, caído en Madrid, merced á causas totalmente desconocidas, pero que, á la legua, revelaba ansias de placeres interminables, y gozarlos por costosos que fueran.

Y aprovechando la exposición de géneros que en los escaparates de un comercio se mostraba, detúvose con la plena seguridad de que su perseguidor no desperdiciaría la coyuntura de aproximarse bonitamente á ella para entablar esos breves diálogos de justipreciación, prolegómenos indispensables de esas amorosas fiestas, nacidas al acaso y al pálido reflejo de la luz de los faroles del alumbrado público.

Ni nuevo en tales achaques, ni corto en las acciones, el desconocido enamorado llegóse á la hetaira y, hablándola primeramente de las mercancías expuestas y luego de no sé cuántas cosas más acerca de las infinitas comodidades que el bueno del dios Mercurio coloca á mano de la gente de dinero, acabó por invitarla á cenar y á pasar unas horas en amable y feliz compañía.

No se hizo ella rogar, ni aun consintió que su nuevo amigo se tomara el trabajo de repetir la invitación, sino que, mirándole de hito en hito, con aquellos ojillos suyos, negros y hermosos y centelleantes, le replicó:

—Como tú quieras, hijo.

Y poco después, cual si se arrepintiera de tanta ligereza, cuando el gallardo doncel provinciano, ufanoso y alegre la llevaba del bracete, añadió:

—... Y créelo, puedes envanecerte de mi conquista, porque no soy de esas que se lían con el primer don Juan que les sale al paso...

Y el bueno del desconocido creía á pies juntos cuanto ella afirmaba, según la infinita satisfacción que iluminaba su rostro.

Luego de la cena en Los Burgaleses y de

unas cuantas horas pasadas recorriendo teatros—no hay que olvidar la provinciana condición del seductor—, encamináronse á casa de Rosaura, donde, seguidamente de llegados, quiso el galán obsequiar nuevamente á su pareja, y con unas cuantas botellas de champaña, compradas por la fámula de la hetaira en el vecino colmado, y con algunos embutidos y fiambres que en la casa había, se improvisó un *lunch* que envidiara de fijo el mismísimo Sardanápalo si hubiera llegado á sus oídos la posibilidad de fiestas íntimas tan fastuosas.

Y lo que terminado el banquete ocurrió entre Rosaura y su amigo, averíguelo Vargas ó el lector si le place, que el autor del relato no sabe más sino que horas después, cuando ella, la gentil hetaira callejera, dormía plácidamente aún, á la chita callando se levantó el galán y desapareció de la casa, sin dejar más rastro de sí que una tarjeta con las señas de su residencia en la corte y seis relucientes pesos fuertes ó vulgares duros.

Horas después, sepa Dios cuantas, la niña, joven, dama ó lo que fuese, despertó, lenta, pausadamente fué dándose cuenta y contemplando lo que la rodeaba.

Todas estas damas mundanas siempre al despertarse necesitan hacer un esfuerzo de voluntad y preguntarse: «¿Dónde estoy? ¿Cómo?»

Al fin la realidad las responde y las entera: «Esto.» «Lo otro.»

La madamita de esta historia supo, al fin, dónde estaba y recordó con quién había ido allí y se vió sola.

Miró en torno suyo y al darse cuenta de lo que el «amigo» de la pasada noche le dejara por todo regalo, tuvo un desencanto que de fijo la malhumorara si la vista de la tarjeta no la hubiese inspirado una idea salvadora que sin dilación llevó á la práctica.

Rápida y enojada se arrojó del lecho; se puso sobre la camisa una bata clara y transparente y se dispuso á tomar una venganza dura, que de seguro avergonzaría á su amiguito, de aquella vez. Algo fuerte, sin respuesta.

Y tomando de su *secretaire* una azulada y muy perfumada esquelita de papel escribió lo siguiente:

«Querido pichón mío: Al despertar he notado, sorprendidísima, que te habías marchado, sin dejar de tí más memoria que seis duros puestos encima de la mesilla de noche, y que, sin duda, pensabas dar de propina á mi criada, y á quien, por tanto, se los entregué, interpretando tu deseo.

Espero que esta noche volverás á verme y que le traerás un recuerdo digno de tí, á tu amantísima.—ROSAURA.»

Y prueba evidente de que esta vez, por rarísima casualidad, los correos españoles cumplieron su cometido, es que, al otro día, recibió la lindísima niña la réplica que sigue:

«Mi queridísima Rosaura:

»Recibí tu carta y te contesto diciendo que cuando recibas ésta habré partido ya de Madrid.

»De los seis duros aquéllos de que me hablas en la tuya, mal hiciste en darlos á la criada, porque mi intención era darle á ella cuatro y á tí dos.

»Tuyo, X. X.

¿.....?

Félix Recio.

NUESTRAS ARTISTAS



EL GUSTO DE LAS MUJERES

Es la costanilla de San Pedro. Un organillo lanza en el baile una algarabía de notas. Anochece.

La Nati y la portera charlan en el portal y dicen:

—¿Ya has peinao á esa?

—Ya. Por cierto que ca día se pone más exigente. Va á haber que hablarla con memorial.

—Sí, hija. Yo también lo había notao, y es desde que anda enchulada con ese asqueroso.

—Pero, ¿es de veras? A mí me lo habían dicho y no quería creerlo. ¡Amos, miúste que tié buen gusto!

—Lo que es por falta de consejos no ha sido. Yo todos los días de sermón en cuanto la echaba la vista encima.

—¡Déjela usté!

—No, si ya ¡ni pío! Pues bonita soy yo pa quitar á nadie de hacer su santa voluntad; pero es que le da á una rabia que haya mujeres tan primas.

—Me han dicho que ha tenido la mar de proporciones.

—De primera. Mira, un viejo que la vió bailar en el cine y traía la cartera atestá de billetes y cada brillante como una bengala. La ofreció una casa, y abrigos, y joyas, y hascoche. Y na. Después picó un pollito que también se enamoró. Del cine todo. Era de muy buena familia, muy jovencito. Un panoli. Hasta la ofreció casarse con ella.

—¡Vamos!...

—Mujer, quién sabe si hubiera doblao. Porque ella tié lo suyo.

—¿Y qué resultó?

—Pues que tampoco le hizo caso, y de repente se agrega á ese chulo, que tié menos carne que una ensalá.

—Pa que veas.

—Que subió un día á la Flor. Que si era muy castizo. Que tome usté una copa... Resultao. Le está manteniendo como un príncipe, y ella trabajando pa ese mandria.

Salió la Antoñita, que era de la que hablaban, muy peripuesta y muy repeinada.

—Anda tú que te das más importancia que un alcalde de barrio.

—¡Hola! ¿Sois vosotras?...

Y siguieron hablando.

En la esquina apareció el novio de la señorita. Como no le había visto la dió una voz.

—¡Chiss!... ¡A ver si va á poder ser!...

—¡Ya voy, hombre! ¿Pero habéis visto qué genio?

—¡Si estuvieras con el viejo! ¡Hecha una princesa!

—¡O con el joven!... ¡Señora de su casa

—¿Qué queréis? No lo puedo remediar. En el gusto de una no manda nadie. Y á veces tié una unos gustos tan raros... Hasta luego, chicas.

—Anda. Y que no seas mala.

Tomás Borrás

El director de LA HOJA DE PARRA está soltero, efectivamente; pero desde hace algún tiempo tiene concedido el monopolio de su corazón.

De modo que todos esos periodiquitos que anuncian «para muy en breve» su matrimonio con una hermosa y popular artista, merecedora de todos los respetos y todas las admiraciones, dicen, por decir algo, una tontería.

«RATOS» DE CONSULTA



El doctor.—La respiración es perfectamente normal. Nada de extraño noto.

La paciente.—Pues es raro... Parece que tengo el pecho así como oprimido...



El confesonario

LA TORREGROSA

OFRECEMOS singular contraste las mujeres del teatro cuando la diosa Casualidad, por mediación de LA HOJA DE PARRA, nos «reparte» el papel de literatas, para hacerle al público historia de alguna de nuestras aventuras ó de alguna de nuestras «intimidades»... mentales. Llegado el caso, unas, alardeando de prodigiosa imaginación, refieren detalles de pulcritud inmaculada. ¡Como si las gentes no supieran á qué atenerse!... Otras, más expertas en estas lides y más avisadas, escriben pasajes infantiles de su vida artística, aderezándolos con cierta inocente picardía. En una palabra, casi todas comparecemos dispuestas á ocultar nuestras «verdaderas» aventuras ó intimidades. Sin duda-este prejuicio ha dado origen á un «sucedido» ciertamente extraño: á que una mujer afirme, poniéndose muy seriota, que sólo gusta de los hombres rubios... ¡Reperniles con la hipócrita!... ¿Con que sólo gusta de los hombres rubios?... Si la afirmación fuera exacta, sería un caso de manifiesta incapacidad; pero no lo creo.



ROSITA TORREGROSA

Yo, en este extremo, no quiero ocultar mi pensamiento. Quiero ser franca, y declaro, «urbi et orbe», que me gustan todos los hombres. En tratándose de «ellos», no distingo de colores ni de formas.

Ahora bien; no adelantemos los acontecimientos. A mí me gustan todos; los rubios, los morenos, los barbilindos, los carihoscos, los peliclaros, los boquigrandes y hasta los... políglotas, aunque emplean variedad de lenguas para... entenderse, y esto es un inconveniente; pero paso por todo y todo lo perdono, siempre que tengan una... cualidad...; la cualidad de ser... hombres... Porque el hábito no hace al monje, aunque el adagio rece lo contrario... ¡Sobre todo en estos tiempos de... chicha y...!

¿Por qué habrá tantos hombres que...? ¡Ja... ja... ja!... ¡Porque eso no es natural...! ¿Verdad que no es natural...? ¡Qué coraje; habiendo tanta mujer bonita como espera...!

Cierto que también algunas mujeres tienen unos gustos... Pero éstas son pocas, afortunadamente... ¡Valientes tortolitas... sin hiel!...

A mí me molestaría de una manera extraordinaria el calificativo de tortolita; ¡lo confieso! ¡Y hasta puede que me prestase á demostrar...! ¡Vaya, que me subleba la idea!... Hay que decirlo muy alto y muy fuerte para que se sepa: como soy muy natural, soy amiga de lo natural. ¿Pero es que existe nada mejor que lo natural?...

A mí me gustan los hombres, y lo digo... Y lo digo, para que nadie me confunda con algunas mujeres poco... mujeres, que comen pan con la sopa de pan. ¿Está claro?

Pues ¡maldición! para aquéllos y para éstas.

Rosa Torregrosa.

«sablazo», que fracasó, y visto el resultado negativo, tiré mi conciencia por la ventana; «afané» una pesada bandeja de plata, que conocí á mis tatarabuelos, y agarré por ambas asas, aunque quemaban; la olla donde hervía á borbotones el tradicional cocido, que albergaba en su seno restos de feudalismos, en forma de gallina de horca y cuchillo y chorizos de pendón y caldera, amén de los castellanos garbanzos, algo más *burgueses* que los que á diario comía en el rancho del cuartel. Con este botín corrí, excusando las calles transitadas, hasta colocarlo en la mesa de planchar.

Allí, frente á frente, nos lo comimos todavía humeante. ¡Qué situación la mía! Dos muslos cocidos sobre la mesa y otros dos que cocían bajo la misma. No me aproveché de ninguno. ¡Estaba tan débil la pobre!

Notamos una falta: el pan.

—Otra vez será otra cosa—me dijo.

¿Creería que los hombres honrados pueden robar dos veces?

A las cuarenta y ocho horas ingresé en el Hospital militar, enfermo de... yo creo que de remordimientos. Allí me mandó ¡ella! un cuarterón de tabaco de 1,75, papel y cerillas, por conducto de un «amigo que se aprovechó» en mi ausencia de la bandeja y de ¡ella! Por la que desprecié la muerte, el presidio (1) y mi tranquilidad.

De aquí se desprende que el *Juan José*, de Dicenta, ha tenido, tiene y tendrá similares.

(1) Si dan conocimiento del robo... léase Código Militar.

TEMERIDAD FEMENINA

En una ciudad del extranjero, al verificar mis paseos matinales, encontré en el mercado una compatriota, y entusiasmado con sus ojos, le dije cosas que no le disgustaron, ni aquel día, ni los siguientes, y, por fin, una mañana me dejó subir á su casa.

Entré de puntillas, cogido por ella de la mano, y al pasar por delante de una puerta de cristales con visillos blancos, me dijo al oído: «¡Ahí duerme mi marido; no tosas!» ¡Se me secó el paladar.

Me entró en un cuarto sin puerta, cercano al W C, en corredor descubierto. Apenas me senté (ya sin ilusión), y recién empezado un dúo, sin música ni letra, se oyó una voz, para mí horripilante, que dijo: «¡Fulana, súbeme dos copas de aguardiente, que me duelen las tripas!» ¡A mí sí que me dolían! «Voy», contestó la fulana. Se fué y me quedé solo. Yo quedé sin respirar y sin moverme; pues pensé que si al socio le apretaba el dolor, tenía que pasar forzosamente por delante de mí y verme.

Por fin llegó ella; quizá muy pronto; pero á mí me salieron canas; le dió el aguardiente; le arrojó con la cara hacia la pared, y me sacó á la calle en seguida y á mi ruego, pues se me curó la pasión de golpe y porrazo.

Ya en la calle, lo que más sentí fué que no hubiera subido otra copa para mí; pues, además de gustarme mucho, tenía las fauces secas y mi bolsillo sólo conservaba un ligero olorcillo á la pasada nómina.

Ahora bien: como yo no soy Juan José, sino José Juan, no la maté. Quizá por no ser ella para mí lo que Rosa para el protagonista del citado drama.

Cuando salí del Hospital tuvimos una entrevista en un cuartucho oscuro, sin otros muelles que unos rollos de estera arrinconados y un felpudo á nuestros pies.

Allí me propuso á media voz, para no ser oída por «él», que cobrara en caricias mis sacrificios anteriores.

Mi dignidad ó mi timidez no me permitieron «cobrar». Salí á los pocos instantes arrepentido, avergonzado, desesperado y oliendo á esparto.

No la volví á ver.

Menos mal que, por agradarla y llevar galones, aprendí á tocar el trombón en poco tiempo. Por «ella» hubiera tocado hasta el clarinete.

PRIMER CASO PRÁCTICO

Ocultaré la población, la categoría y los incidentes que pudieran dar á conocer á la protagonista de este verídico suceso. ¡Por si acaso! Solamente diré que, cuando me llamó con un pretexto y me encontré á solas con ella, al pensar que iba á guiarme por la senda de lo desconocido, mi rubor é indecisión duraron seis horas largas. ¡Qué de habilidades femeninas! ¡Y qué de mostaza echó en la comida! Pero ni por esas salí de mi abatimiento en lseis horas! Por fin me lancé ó me lanzó, y... tanto me sorprendió y tan agradablemente na novedad, que extasiado,

con ligeras intermitencias, estuve otras seis horas.

Al día siguiente ingresé en un calabozo por faltar á las listas de retreta y diana.

Otra entrevista tuve con mi *maestra* cuando ya no era militar; ¡tan sólo otra!, porque apenas empezada la segunda lección, llamó el marido á la campanilla. (Yo ignoraba que fuera casada.) Al decírmelo ella dí el bote consiguiente: Pasé á la sala sin tiempo para corregir el desarreglo de mi ropa. Entró el marido, me presentó la mujer como amigo de su familia, que residía en Madrid, de la cual traía una visita y ¡aquí de mis apuros! Yo no conocía todavía la Corte, y ella sólo había nombrado á su primo X y á su hermano Z. Gracias á sus *capotes* á lo Juan Molina, á la Puerta del Sol, al ruido de los coches y al nombre de algunas calles que conocía por periódicos y novelas, pude salir del paso.

Durante nuestra conversación, un ojo de mi verdugo, inconscientemente, guiñaba tanto, que creí sería un fenómeno nervioso. Pero no era nervioso. Seguí la dirección de sus miradas, miré hacia abajo, y noté los efectos de mi olvido. Me disculpé con la precipitación que salí de lugar excusado en la taberna próxima, por entrar vomitando un borracho y, ¡cosa natural! sólo me abroché el chaleco y un corchete del pantalón. Por fin me ví en la calle, y aunque nadie me perseguía, no paré de correr en media hora.

No sirvo para cazador furtivo.

LA PEQUEÑA DIFERENCIA

La condesa de X. ha convocado á todas sus amigas, y á las que no lo son, para formar una liga femenina que abogue por los fueros de la mujer.

—Es necesario — dice la condesa — que nuestro derecho, menoscabado ante las leyes y la sociedad, resplandezca en todo su vigor. El hombre, en su egoísmo personificado, al crear las leyes, ha relegado al olvido á la mujer, como si ésta no tuviera, al fin de cuentas, los mismos derechos. Y después de todo —continúa — ¿qué diferencia hay entre el hombre y la mujer?

Una voz que sale desde el fondo del salón:

—Una pequeña diferencia.

Al oir esto, todas las congregadas en casa de la condesa de X. se levantan de sus asientos, y con rara unanimidad gritan:

—¡Viva la pequeña diferencia!

Rodrigo Pitter.

LA CASA DEL AMOR

En Madrid y en su calle
del Carnenal Cisneros
—según dice un periódico
del cual yo soy lector—
hay una casa, encanto
de todos los caseros,
y que las gentes llaman
la casa del amor.

✠

Como soy muy curioso
y un tanto calavera,
hace unos cuantos días
hacia la casa fuí,
y por los propios labios
de su locuaz portera
supe que el Dios Cupido
sus reales sentó allí,

✠

«—Vivir aquí es muy cómodo,
esto es una delicia;»
decía la portera
metida en su cajón:
«si sube usted á un piso
se encuentra una caricia,
si sube más se encuentra
con una proporción.»

✠

«No hay vieja solterona,
ni joven casadera,
ni gallo ya cuajado,
ni pollo sin cuajar,
que al subir de esta casa
la mágica escalera
no haya tenido prisa
por irse hacia el altar.»

✠

«En el primero izquierda
vivió doña Ramona
y al mes y medio justo
casó con un doncel,
y en el tercero centro
vivía una jamona
á quien raptó en seguida
un viejo coronel.»

LA EPIDEMIA REINANTE



El doctor.—¿Y toma usted con gusto la medicina?

El paciente.—Sí, señor; porque mi señora me la da con queso.